

Caupolicán Montaldo

# Los patios. El poblacho y el río

## 1.—LOS PATIOS



L patio de mi casa deslinda con el dilatado patio de la fábrica. A este lado cabe una huerta, varios rosales trepadores y un muro verde en cuyo interior anidan los pájaros, juega el viento con los finos tejidos de brotes y folíolos, y en todo tiempo hay fragancia de primavera. Es un muro de pinos, pequeños pinos rumorosos, entrelazados y compactos, en los que el sol deja resbalar sus manos con ingenua alegría.

En el extenso patio de las fábricas se amontonan enormes trozos de madera, sacos de tierra mineral y pesados tambores de aceite. Los cargadores mueven todas estas cosas entre comentarios bruscos y apodos violentos. Y el sol en el patio de las fábricas es siempre pesado o negativo. Se arrastra a veces como una lenta ola sin curvas, reptando por los rincones o las alturas, hasta que la tarde toma al sol y lo desmenuza, suavizándolo. Y entonces, a la orilla de la muerte, es también cordial, y parece decir leves palabras de ternura. Como en los pinos. Como en el agua.

Esta casa en que ahora vivo, conoce el primer llanto y las pri-

meras inquietudes de muchos infantes que ya serán hombres, o doncellas con sus propias esperanzas y sus íntimas querellas personales. Esta casa dió al mundo vidas nuevas, creó canciones y quizás indicó rumbos dentro de estas ventanas que miran hacia las primeras espigas del alba.

La fábrica ofrece trabajo a muchos hombres. Entre esos un empleadillo que es, allá adentro, sólo un nombre más en la lista de los jornales al mes. Trabajamos para la fábrica. Trabajar es progresar, dijo no sé quién. La mente, los ojos, o el brazo, se van gastando en este progreso, se van fatigando lenta, irremediablemente, mientras corren los días entre el bronco aliento de las máquinas, las irónicas láminas de material producido, o los pesados libracos donde los números, que todo lo controlan, marchan en apretadas filas, convergen, giran y jamás dejan de pasar.

Los dos patios han visto muchas cosas. Uno es escenario íntimo de una vida familiar. El otro capta aspectos distintos, otra vida, otros afanes.

Sólo la nieve del invierno les iguala, les asemeja, les da a ambos un idéntico destino momentáneo, donde florece el silencio, la fría albura y la ausencia de los pájaros. La ausencia mortal de los pequeños pájaros que es un inefable secreto de la tierra y del aire.

Un secreto que a veces mi patio quisiera encontrar, cuando los nidos caen, cuando pasa el último trino y las rondas del viento traen las palabras indiscretas de la montaña, el río y el otoño.

## 2.—EL LLANTO

La explosión causó pánico en los más cercanos, y curiosidad en en los otros. Un tubo de la caldera más potente se había rasgado, llenando el aire de vapor a muchísimos grados de calor dentro de la estancia, donde crepitan las hornallas y se crea la energía térmica necesaria para la marcha de la fábrica.

Los que pudieron huir al patio escapando de los bufidos de la

fiera metálica herida, tenían, muchos minutos más tarde, el horror todavía pintado en el rostro.

Los que no pudieron escapar fueron dos hombres. Los pobres al sacarlos al patio, mientras venía la ambulancia o el auxilio médico, eran dos muñecos disformes, colorados y quejumbrosos.

Uno de ellos, sintiéndose morir, entró en delirios. Llamaba a grandes gritos a su madre para que lo perdonara de algún extravío, que le dolía, en ese trance, tanto o más que las quemaduras. De pronto calló, dió un profundo suspiro y quedó inmóvil, de cara al cielo gris de aquella mañana.

El otro se quejaba contrayendo sus exclamaciones. Con unos papeles alguien cubrió el rostro del primero. Unas rudas manos de obrero hacían la señal de la cruz en su recuerdo, cuando una figura de mujer cruzó el patio. Era una joven, desgredada por la angustia, intensamente pálida. Corría, loca, ansiosamente hacia el cuerpo del hombre ya muerto. Con manos febriles lanzó lejos los papeles, y un grito horrible, un grito inolvidable y lacerante, rompió el mutismo triste de los que mirábamos los hechos. El rostro tumefacto donde no se veían los ojos bajo la hinchazón roja y violenta que todo lo cubría, era una máscara grotesca, inhumana, bestial.

Tras el grito vino el llanto convulsivo que resumía una tragedia total, enorme y simple.

Y unos minutos más tarde, unos largos minutos más tarde, entre el cansancio de su cuerpo y su llanto casi agotado, preguntó si antes de morir había dicho algo de ella. Ella era su mujer ante la vida, fuera de la ley pero dentro del amor y mutua atracción juvenil.

Yo estaba forjando una mentira amable para contestar su ansiosa pregunta. Era el momento preciso de decir una piadosa mentira: "Sí, la llamó mucho. Murió llamándola".

Pero otro se adelantó, y sin pensarlo dijo la ruda verdad: "De usted no se acordó siquiera. Llamaba a su madre para que lo perdonara".



Ahora no era un grito. En esta segunda muerte que le azotaba el corazón, había en la forma una dureza negativa o sorda. La muerte física del hombre a quien ella había dado toda su pasión generosa, ya no le dolía, a pesar de todo, tanto como ésta, que era revelación, que tenía en esos instantes tremendos el tono de una luz cruda, que ciega y fulmina.

Y la joven mujer, mientras se llevaban el cadáver de su amante, era una cosa más en el patio de la fábrica, una cosa pequeñita, frágil, sin defensa, que lloraba suavemente, con esa suavidad con que se rompen los sueños cuando el olvido los hace irremediables, difusos, lejanos.

### 3.—EL HORIZONTE

Había venido a despedirse. Era un mozo ni alto ni bajo, con rostro de chiquillo todavía, ese chico a quien ya había conocido desde no hacía mucho tiempo. De un salto, de un estirón violento, se había convertido en hombre y en aprendiz de mecánico, junto al banco de trabajo de su padre, en el vasto y oscuro taller.

La ley, cuyos ojos vigilantes no abandonan nunca a los pobres para cobrar sus exigencias, le había llamado a servir bajo la bandera de un barco de guerra. Muchos meses estuvo allí. Y la instrucción militar lo había fortalecido y desenvuelto. Al retornar al taller y a su casa todo su hablar era de la bella vida marinera. Ya los otros obreros le apodaban por eso el "Almirante".

Venía a despedirse porque volvía a la vida del mar bajo contrato. Estaba frente a mi escritorio en posición firme pero natural, como hombre acostumbrado a la disciplina de las filas y al saludo hecho ya instintivo al superior.

Cuando me dijo su resolución levanté los ojos y lo miré de frente unos segundos. Sonrió, agradeciendo.

Un vívido reflejo del cielo hacia el poniente entraba por la ancha ventana que da al patio. Miré hacia afuera sorprendido del pa-

norama espléndido del crepúsculo, y cuando retorné la vista hacia el marinero, éste estaba contemplando, también, las brillantes ráfagas de colores, las arcadas de fuego y la lenta danza de los cortinajes fantásticos que van cerrándose al descender el sol.

Yo miraba al muchacho. Sus ojos estaban fascinados, y una alegre humedad resbalaba en ellos. Al girarlos me encontró observándole. Entonces fué más abierta su sonrisa. Me levanté, y le dí la mano que estrechó con vigor. Se sentía estimulado, comprendido, feliz.

Desde la ventana le vi pasar, en seguida, por el patio de la fábrica. Atrás quedaba el taller oscuro, el tizne, la monotonía.

El horizonte encendía sus últimos oros, como una riqueza vagabunda y extrahumana, invitando a buscarla más allá, más allá.

#### 4.—EL VINO NEGRO

Leiva.

Maldonado.

Chaparro.

Conzález.

Chandía . . .

Es día martes. Y son los mismos de la pasada semana. Hace varios lunes que no se cuenta con ellos. Allí están frente a la oficina de la administración, esperando pasar para recibir la amonestación. Y posiblemente el despido.

Tienen todavía los ojos y el ánimo turbios. Farfullan palabras que nadie contesta, y parecen tener en ellas el agrio olor del vino borroso. El vino picante de los sábados, el vino olvidador y rezongón de los domingos, el vino triste de las mañanas del lunes.

Se abre una puerta y pasan.

Adentro el jefe del personal toma un librote negro y lee —lo ha leído ya mil veces— el artículo de la ley que habla de la expulsión que cabe al faltar a las labores un tercer lunes dentro del mes.

Luego hace un epílogo oratorio, que es como un clisé semanal: "Por esta vez, los perdono. A la próxima falla, afuera".

Se retiran los hombres, sin protestar. Pero uno se queda adentro por indicación superior.

Se siente como un culpable ante la justicia. Da vueltas el sucio sombrero. Los ojos buscan en el suelo un objeto inexistente, hasta que la voz patronal le advierte:

—Usted, Maldonado, ¿qué tiene? Durante quince años no ha trabajado bien. Pero desde hace dos meses se ha vuelto loco. Falla todas las semanas. Parece que la cantina fuera su casa...

Cambia la posición y el gesto total del aludido. Parece erguirse, agrandarse:

—Le diré, señor, que usted tiene razón. Me he vuelto loco. Y la cantina es como mi casa...

Y continúa ante la mirada inquisitiva del jefe:

—Hace dos meses, señor, mi mujer se fué con otro. Yo soy fatalista, señor. Así estaría escrito. Por eso le entregué mi chiquillo a mi madre, y yo... me puse a tomar.

Hace un gesto de indiferencia con los hombros, y corona sus palabras con el resumen de su tragedia vulgar:

—Eso es todo.

Pugna por no llorar. Saca un cigarrillo y lo muerde con ira. Quiere encenderlo, y le tiemblan las manos.

El jefe se levanta, enciende un fósforo tranquilamente y le ofrece fuego. Para que el otro se sienta mejor saca también un cigarrillo, y fuma.

—Entonces, Maldonado, si usted tiene un hijo acuérdesese que es responsable de su vida, que tiene que alimentarlo. Acuérdesese que lleva su nombre y tiene que educarlo. Le doy este consejo de amigo: no tome más en esa forma. De otra manera usted perderá su trabajo. Acuérdesese de su hijo.

Le golpea familiarmente la espalda, y luego le indica la salida.



La emoción empalidece un poco al hombre que sale, mientras da las gracias y se aleja.

Pocos metros más allá de la puerta de la fábrica, un boliche acecha sin piedad. Y unos minutos más tarde Maldonado llora ruidosamente, mientras bebe uno y otro vaso de vino negro. Negro como su destino, su tragedia, su afán de olvido. En su cerebro se cruzan las imágenes de la mujer, del hijo, del patrón, de sus compañeros de trabajo, de la fábrica, de sus anhelos y su dolor.

De pronto, como reafirmación del fatalismo que lo arrastra, dice una palabra rotundamente fea. Da un golpe violento con el puño, y acomoda la cabeza sobre la mesa para dormir la nueva borrachera.

## 5—EL NIDO

Anoche nevó copiosamente.

La nieve viaja en puntillas y con el índice en los labios. Su silencio es bello y mortal. Finge gráciles frutos no sólo en los árboles sorprendidos e inmóviles, sino también sobre los muros ásperos y junto a las chimeneas oscuras de la fábrica.

En el limonero de un rincón del patio de mi casa hubo un nido, donde tres polluelos nacieron, comieron y ensayaron el primer vuelo y la primera canción. Se fueron los días luminosos, y esta mañana el nido se columpiaba colmado de nieve.

Era como el pequeño corazón de la tarde latiendo con nuevo compás y nueva fuerza. El cono de nieve que subía desde su interior, no había roto, sin embargo, sus paredes emplumadas y graciosas, sus firmes y nobles cantos, su forma que siendo de barro es arquitectura aérea, ingrávida, sincerísima.

Belleza, sueño y angustia. Corazón de la tarde u hostia leve, en la que comulgaba el invierno para que le perdonáramos su largo signo de impiedad y de dolor.

## 6.—LA OCASION

El chico que toca la puerta al sentir que ella se abre pone un rostro triste, y con voz quejumbrosa pide una moneda para comprar un pan.

Lo invito a pasar mientras me hago reflexiones sentimentales sobre la miseria en los niños, la desnutrición en los niños y la vida dolorosa de estos niños.

Entra el chico de pies desnudos y ropa en jirones. En una banqueta toma asiento, y frente a una taza de café y un pan más o menos blanco, sonríe y engulle.

Mi mujer busca unas ropas que darle. Yo salgo al patio a mirar si han brotado unas rosas plantadas recientemente.

De pronto, sin que él lo note, veo deslizarse al chico hacia la puerta de la calle. Mira hacia todos lados con cierto temor, pero se le ilumina el rostro al hallarse cerca de la salida. De un salto está fuera. Los jirones de su ropilla aletean en una rápida señal de despedida que su dueño no ha procurado hacer.

Cerca de la puerta se le ha caído una pequeña cuchara, aquella con que sorbía el café que no alcanzó a beber por completo, porque la ocasión era otra.

Un vistazo nos da a conocer que faltan alguna cosas, las que nunca se adquieren de más en un hogar modesto. Pero eso no nos duele.

Lo que nos duele es el espejismo sentimental que se quebrara tan de repente. Y nos hiere un poco ese paquete de ropa que se burla silenciosamente de nosotros.

A éste mi mujer vuelve a tomarlo y lo deja en un rincón, mientras serenamente dice:

—No importa. Otro que lo necesite se lo llevará.

Yo termino por reír. Y mientras anoto la lección del día que pasa, voy a cerrar la puerta y recojo la cucharilla abandonada.



## 7.—EL SOLITARIO

En la noche de luna, de estupenda y clara luna llena, saco al patio una silleta de lona, y converso con mi hijo de cosas celestes mirando hacia la altura, que la luz lunar, el aire diáfano y el hábito del verano hacen brillante y magnífica.

Mi hijo tiene cinco años, está aprendiendo a leer, y ya se siente capaz de dibujar casas, árboles y hombres que sólo tienen una cabeza redonda y dos piernas muy débiles, hombres que deben ser idealistas en extremo, porque nadie podrá acusar en ellos donde tienen el estómago y sus alrededores.

Terrible destino el de mi hijo. Le gusta preguntar por las cosas bellas, y quiere saber por qué las rosas son fragantes y las estrellas hacen guiños. Ya sabe que entre los montes de la luna se asoma el burrito suave y melancólico que lleva a la virgen y al niño huyendo de las malas manos de un rey cruel. Y sabe que el lucero de la tarde toma su nieve azul desde los altos cerros del oriente. El lucero de la tarde tiene un designio de linterna mágica, y lo hizo el viejo de la pascua para que todos los días los niños recuerden y esperen la fiesta única del pino, los juguetes y la ilusión que se despierta hecha realidad.

Una noche en que las preguntas infantiles fluían sorprendidas y curiosas, del otro lado de la reja que limita mi patio con el patio fabricano, se acercó un hombre.

Lo reconocí al acercarse. Era un rondín, aquel que la inagotable malicia popular, que en el fondo es siempre la verdad, llamaba el "Solitario".

Saludó cortésmente. Luego sacó un papel, lo extendió, e iluminándolo de cerca con su lámpara eléctrica, explicó:

—Es un mapa del cielo, señor. Yo podría mostrarle y enseñarle a su niño, el nombre de todas las estrellas y constelaciones.

Y agregó:

—Conocer las estrellas y mirar su marcha, es mi placer, mi único placer de muchos años.

Era ya tarde. Las manos maternas, vigilantes siempre, se llevaron al niño a dormir. Y yo quedé escuchando la disertación.

Mientras desfilaban saludándonos las Tres Marías, la Cruz del Sur, Aldebarán, Argos, el Navío, el Pez Austral y Canopus, yo desdoblaba mi espíritu hacia la infancia lejana, donde nunca había podido encontrar un profesor como éste, cuyo tema nos llenaba mutuamente de alegría. La vía láctea resplandeciente, era para él un camino conocido. Me llevaba por él tomado de la mano. Mirábamos pasar centauros ígneos y pavos reales fulgurantes. Desde lejos la dulce princesita de Rubén bajaba a la tierra, feliz de poseer el divino regalo de una estrella...

Unas campanas sonoras marcaron el tiempo. El rondín sorprendido dobló prontamente su planisferio, saludó y se fué.

Todas las noches lo siento, o lo veo pasar. Me saluda cortésmente, pero no ha vuelto a detenerse, como si no quisiera revelar otro de sus secretos, como aquel secreto celeste que en realidad lo coloca entre los poetas y los solitarios.

## 8.—EL ESTADISTICO

Este compañero tiene una manía.

Todos tenemos ciertas manías, es verdad, aunque nadie sabrá encontrársela a sí mismo.

Pero este compañero la confiesa honradamente: la estadística.

Hace números, cálculos, toma proporciones y términos medios de las cosas más diferentes e inútiles del mundo: de las veces que el jefe ha llamado a uno u otro empleado por amonestaciones, por ascensos, por explicaciones, por perder el tiempo.

Tiene el promedio del número de las preguntas capciosas hechas por los inspectores de impuestos cada vez que vienen a las fábricas,

y lleva la cuenta de las guerras habidas en el mundo desde no sé cuántos siglos.

Pero hoy día vino con sus nuevos trabajos de investigación.

Y a la salida de la oficina nos hizo formar un grupo para que conociéramos los resultados de su paciente estadística última.

Y en verdad ahora el hombre tenía razón. El cincuenta por ciento de los jornales de las fábricas, queda repartido en las veinte cantinas del pueblo, y el treinta por ciento más se juega a las patas de los pingos de porcelana que domingo a domingo corren en la capital.

Fomento de la industria y fomento de la raza caballar.

Todo es patriótico, gigantescamente patriótico, pero la verdad es la verdad. Y el prestamista clandestino del pueblo lo sabe bien.

Los cálculos están bien tomados. Las cifras son ciertas. Y es por eso que le he dicho a mi sorprendido compañero:

—Es triste tener que felicitarte.

No me ha entendido. Los sabios son así. Se sumergen en sus fórmulas, y les entra una oscuridad terrible en la cabeza para sospechar otras cosas.

Se ha quedado desorientado, molesto. Y lo he dejado solo en medio de la acera. Yo era el último oyente que le restaba.

De repente entendió. Movi6 la cabeza y sonrió, acercándose rápidamente hacia mí:

—Tienes razón. Pero te voy a decir una cosa confidencial: voy a hacer la estadística de las carreras que ganan determinados caballos, más el tiempo y la distancia. Y con eso, jugando unos pesos por semana, voy a ganar mucho dinero.

Esta vez no pude decirle nada. Pero el estadístico algo leyó en mi gesto. Y desde entonces no me ha detenido más para darme a conocer sus trabajos.



## 9.—EL PROTECTOR

Ese señor que se ríe a gritos, como los chiquillos sin control, cuando repasan las viejas películas de Chaplín en el cine local, ese señor de la bulliciosa alegría, es el que reina en los malos sueños de muchos hombres en toda la región.

Tras el pringoso mostrador de su boliche de compra y venta, atiende todos los días a su público. Sin feriados.

Su público está formado por los empleados, los obreros y, aún, los pequeños comerciantes del pueblo. Si usted no tiene dinero, y lo necesita, lleve un fiador, y por un billete de cincuenta pesos sírvase firmar esta letra por ochenta pesos y a treinta días plazo.

Ya ve usted que fácil es conseguir dinero.

Este señor es el protector del pueblo. A su negocio llega cualquiera, y si no lleva fiador puede dejar en sus manos la chaqueta o el abrigo por lo que el protector le dará veinte pesos. Es decir, podría darle veinte pesos, pero la verdad es que le dará diez pesos en efectivo, y los otros diez pesos deberá usted bebérselos, consumido en vino negro y borroso, allí tras el tabique medianero. De otra manera no se podrá efectuar la transacción comercial, estas transacciones que ya han hecho rico y poderoso a este bondadoso señor.

Hay empleados que tiemblan recordando el día primero del mes, porque el saldo del sobre de pago no alcanzará, seguramente, para cubrir la obligación que tienen con él, y que los agarra en cuerpo y espíritu.

Cualquier día este caballero pretenderá ser regidor, alcalde o diputado. Y representará al pueblo, y hablará en el sagrado nombre del pueblo, los trabajadores y la libertad de conciencia.

Y hasta se quejará que la industria nada hace por salvar al país, que los capitales duermen y que hay falta de patriotismo, de capacidad y de honradez.

Mientras tanto los golpes de Charlot le hacen reír a gritos en la

semioscuridad del teatro. Las angustias, las amarguras y las flaquezas humanas le hacen reír, igualmente, a plena luz del día.

Cierta vez un compañero, acosado por urgencias económicas me dijo su elogio:

—Voy a consultar mi caso con el vampiro necesario.

## 10.—LA HUELGA

Leiva.

Maldonado.

Chaparro.

González.

Chandía . . .

Son los mismos de hace algunas semanas.

Pero al mismo tiempo son otros.

Son los delegados obreros que vienen a poner su grito de guerra o rebelión: como se ha rechazado el pliego de peticiones, los obreros están dispuestos a votar la huelga.

Y el paro llega.

Las grandes máquinas como monstruos cansados se ponen a dormir. Las calderas se aquietan. Las turbinas y sus mariposas de hierro dejan de agitarse. Y el patio inmenso parece desvalido, enfermo, sin ánimos. Los materiales quisieran juntarse más para defenderse de esa lasitud que les achata y enmohece.

Afuerinos son los que hacen rondas y guardias en el día y la noche. Andan por parejas y con armas a la vista. En las puertas hay candados, aburrimento y santo y seña.

Los obreros, por su parte, también vigilan las puertas desde el exterior. Algunos hacen gala de ello, otros tratan de esquivar la mirada de sus jefes o los empleados que pasan. No quisieran hacer esos papeles, pero deben obedecer en nombre de la unión que es fuerza.

Corren los días. Mujeres tristes y niños que lloran circulan lentamente, mirando los muros o las puertas de la fábrica. Una inte-

rrogación y una esperanza les llena los ojos: ¿Cuándo terminará la huelga? Porque ¡Ay, Señor! Ya no quieren fiar en el comercio. Y allí están agresivos en sus posiciones, el almacenero, el carnicero, el usurero...

Una noche llega por fin la novedad esperada: mañana saldrá el primer turno a su trabajo.

Y los hombres vuelven sonriendo, atropellándose por entrar. La huelga, quizás, fué un fracaso. Pero no importa. Lo interesante es trabajar, volver a trabajar, cobrar un salario, vivir.

Y más de alguno al cruzar la reja encoge los hombres instintivamente, como desprendiéndose de una pesadilla.

... cobrar un salario. Vivir.

## 11.—LOS ENEMIGOS

Más allá del extremo oriental del patio de las fábricas, se define totalmente el panorama rural. Zarzamoras y álamos bandean el camino, y un ínfimo caserío levanta sus muros de barro y refugia unas cuantas vidas opacas, en las cuales sólo el licor sabe poner su chispa traicionera.

Desde las fábricas al caserío hay alguna distancia. Esta distancia se llena, a veces, del sonido monótono y primitivo de un cuerno tocado con firmes pulmones por el vendedor ambulante de helados.

Sobre un carrito pintarrajado y lustroso, adornado de banderolas de papel, y tirado por un burro viejo y triste, el heladero toca largamente su música de dos notas. El sonido asusta a los pájaros y hace aparecer, como por arte mágico, las cabezas oscuras de una veintena de chiquillos por las orillas del camino.

Tanto afán pone el músico en su tocata que ya los chiquillos no se acercan por el deseo de adquirir su mercancía, sino por el gusto de verlo lanzar sus notas, de mirar aquel rostro que se pone rojo, extrayendo del cuerno tanta sonoridad, de admirar, en fin, tanto fuego en un expendedor de helados.



Pero ayer el heladero lírico se encontró, de vuelta, frente a las fábricas, con el capitán de navío, industrial también, que dirige y empuja las acciones de un acorazado de latón, con cuatro ruedas debiluchas, en cuya santa bárbara esperan la hora fatal los pequeños cartuchos de maní tostado.

Los dos industriales, cuya base de trabajo es la golosería infantil, se tienen un odio negro, como aquel, que seguramente, se tenían entre ellos los indios, codiciando las seguras presas blancas del malón que se preparaba, porque...

... de repente el aire se llena de palabrotas, de calificativos soeces, de iracundos vocablos injuriosos. Tiembla el acorazado ante cada andanada que su director lanza contra su enemigo. Y en el carrito del jefe lírico, las banderolas parecen más amarillas o más rojas.

Solamente el burro, admirable filósofo, animal que sabe vivir, agacha las orejas, conoce que será el que pague las consecuencias, y espera resignado el fiero latigazo que lo haga moverse de nuevo, porque hay que seguir trabajando.

## 12.—LA MEICA

A los quince días justos mi amigo David se agravó de su mal, aquel que había creído ausente después de muchos meses de tratamiento. La tisis se agarraba a sus entrañas produciéndole dolores espantosa que la morfina no lograba aplacar.

Y aquella noche todas las sombras se complotaron para oprimirle el cerebro. La sugestión de la bruja se imponía con una fuerza extraña, aplastante.

Ella le había indicado:

—En dos semanas más le ocurrirá una gran desgracia.

Y allí estaba la idea fija, dominante, torturándole las sienas.

Las ramas de un árbol arañaron el techo empujadas por el viento. Un perro aulló en algún lugar del pueblo y de la noche. Todos

los ruidos formaban una danza macabra en la mente dolorida y punzante del enfermo.

No pudo más.

Cinco segundos de calma bastaron para apoyar directamente el revólver en el corazón, y musitar una brevísima oración antes de entrar en la frontera de todos los descansos corporales.

Así murió David, compañero de trabajo y buen muchacho a quien ya nadie recuerda porque era correcto y no dejó deudas.

Por otra parte, la fama de la meica alcanza ahora, como los astros a los ríos, una gran zona de atracción. Y los niños muertos por sus brebajes inmundos suman y suman. Y los hombres y las mujeres enfermos de sugestión, siguen al pie de la letra sus dictados oscuros. Son capaces de todo: matar y matarse.

*(continuará)*